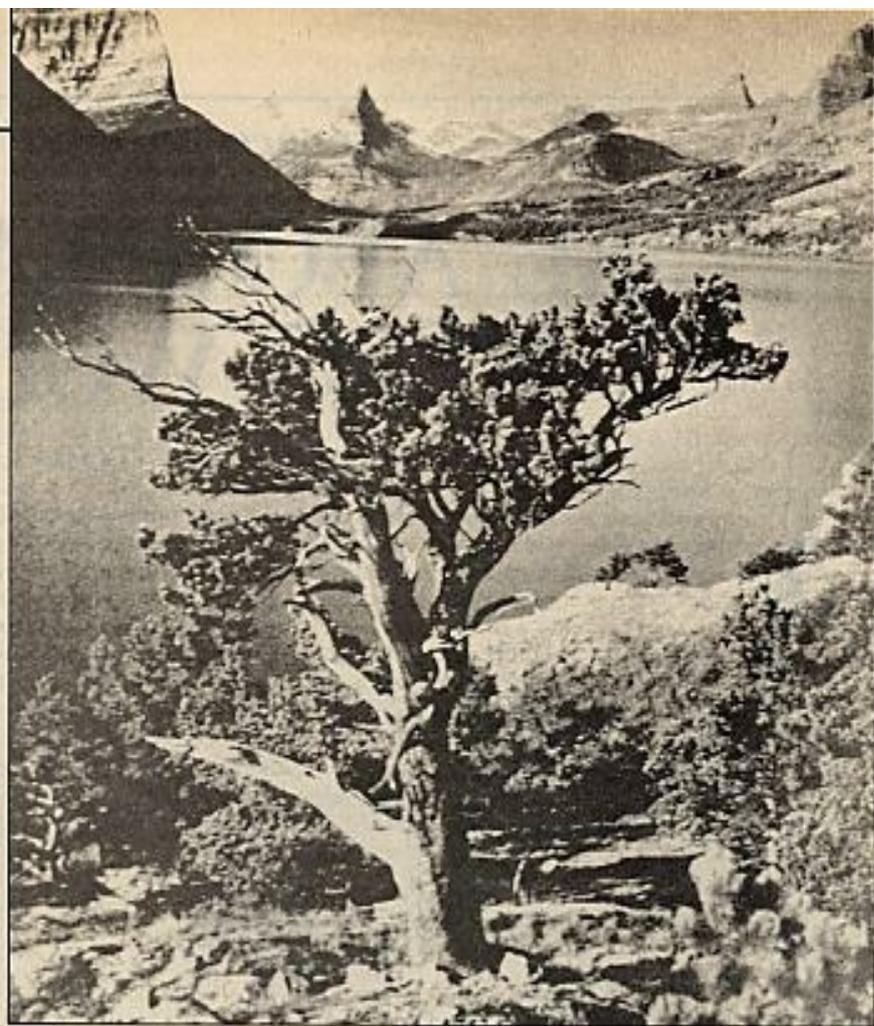


¿Qué hacen esas marcas de viruela en el rostro de la Estatua de la Libertad? ¿y esa lepra? ¿de dónde viene esa lepra que muerde los blancos muros del Capitolio en Washington y abre cráteres en el propio monumento a George Washington?

Cuatro mil lagos muertos en la provincia de Ontario, en Canadá. Cuarenta y ocho mil lagos canadienses amenazados de muerte en los próximos veinte años. Ya no hay truchas que pescar en el lago Big Moose, en el Estado de Nueva York, en ese lago ocurrió, a principios de siglo, una historia de amor y de horror que inspiró el mejor libro de Theodore Dreiser, *Una tragedia americana*, título que ahora, a orillas del lago exterminado, tiene una estremecedora resonancia.

¿Qué ha ocurrido, qué está ocurriendo? En las últimas décadas se ha triplicado la emisión de gases venenosos en las plantas industriales de Ohio, Indiana, Illinois y otros estados norteamericanos y también en Canadá. Actualmente, las plantas energéticas, las fundiciones y refineras de los Estados Unidos arrojan al cielo 26 millones de toneladas de dióxido sulfúrico y los medios de transporte y las plantas energéticas e industriales echan a la atmósfera 23 millones de óxidos de nitrógeno por año. El dióxido sulfúrico y el óxido de nitrógeno regresan a la tierra con la nieve y las lluvias: es la *lluvia ácida* que mata los peces en los lagos y amenaza los bosques, los cultivos y la salud humana y que está reduciendo a talco los minerales duros contenidos en el mármol de los más célebres monumentos de los Estados Unidos. Alguien que otrora fue pescador en el lago Big Moose, declara a un periodista: «Ya no saltan los peces. No hay insectos que los hagan saltar. Los pájaros y los animales que se alimentaban de peces también son víctimas de la *lluvia ácida*. Habría que pedirle a Dios que empezara de nuevo».

La *lluvia ácida* también hace estragos en otras partes del mundo. Los vientos conducen la contaminación europea hacia Escandinavia y no hay peces vivos en cinco mil lagos del suroeste de Suecia y mil quinientos lagos del Sur de Noruega; no queda un salmón en siete de los ríos salmoneños del Atlántico norte. Pero al norte de América, el envenenamiento aumenta aceleradamente y constituye ya el más importante factor de fricción entre Canadá y Estados Unidos. Las plantas energéticas y las fundiciones de los Estados Unidos, son res-



LA LLUVIA ACIDA

EDUARDO GALEANO

ponsables, en gran medida, del implacable asesinato de los lagos de Canadá, y la Administración Reagan no parece dispuesta a mover un dedo por impedirlo, sino todo lo contrario: «El gobierno Reagan parece dispuesto a debilitar los controles sobre la contaminación del aire y eso se parece mucho a un acto de hostilidad hacia un vecino amistoso» —declaró recientemente el ministro del Medio Ambiente de Ontario, Keith Norton.

La filosofía del gobierno Reagan —sagrada libre empresa, sagrada ley de la ganancia, el mundo es una pista de carreras, la naturaleza un obstáculo— fue muy claramente expresada por David Stockman, director de la Oficina Federal de Administración y Presupuesto: «Estuve leyendo esas historias sobre los 170 lagos muertos en Nueva York, que ya no contendrán peces ni vida acuática... Y se me ocurrió preguntarme: ¿Tanto valen la pena los peces de esos 170 lagos que apenas llegan al cuarto por ciento del área de lagos en Nueva York? ¿Tendría sentido gastar billones de dólares para controlar las emisiones de gases desde Ohio y otras

partes, en nombre de un valor tan marginal en volumen de dólares? Marginal en términos recreativos y en términos comerciales...»

Los grandes intereses —las plantas energéticas, las minas de carbón, las fundiciones— están gastando millones de dólares en libros, avisos, abogados y presión directa para contrarrestar en Estados Unidos la campaña del gobierno canadiense. Los hombres de Trudeau invocan la opinión de varios expertos norteamericanos. Entre ellos, por ejemplo, la de Alex Manson, especialista en contaminación, alto funcionario federal, quien asegura que es técnicamente posible reducir en un noventa por ciento la emisión de gases sulfúricos mediante la aplicación obligatoria de filtros depuradores. Pero las encuestas indican que apenas uno de cada cinco ciudadanos estadounidenses ha escuchado o leído, alguna vez, que su país genera *lluvia ácida*. De poco sirve, por ahora, que los canadienses reciban a los turistas del otro lado de la frontera, en las cataratas del Niágara, luciendo en las solapas botones que claman: *Stop the Acid Rain!* ■ E.G.